

Lección 9. MISTERIOS DE LA PROVIDENCIA

Los caminos de Dios son incomprensibles para su criatura humana

Jacob lucha contra Dios

"Aquella noche se levantó (Jacob), tomó a sus dos mujeres con sus dos siervas y a sus once hijos y cruzó el vado de Yabboq, qby (ne: afluente del Jordán en Galaad). Les tomó y les hizo pasar el río, e hizo pasar también todo lo que tenía. Y habiéndose quedado Jacob solo, estuvo luchando alguien con él hasta rayar el alba. Pero viendo que no le podía, le tocó en la articulación femoral (en el muslo), y se dislocó el fémur de Jacob mientras luchaba con aquél. Este le dijo: 'Suéltame, que ha rayado el alba.' Jacob respondió: 'No te suelto hasta que no me hayas bendecido.' Dijo el otro: '¿Cuál es tu nombre?' -'Jacob'- 'En adelante no te llamarás Jacob sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido.' Jacob le preguntó: 'Dime por favor tu nombre.' -'¿Para qué preguntas por mi nombre?' Y le bendijo allí mismo." (Gn 32,23-30).

Este es un pasaje misterioso, incomprensible en su acontecer para nosotros, pues por definición Dios es el Todopoderoso, el Invencible; no cabe pensar que la criatura humana pueda oponerse a Dios y salir vencedor, o al menos «tablas», a grado que el ser misterioso que lucha contra Jacob ha de pedirle que le suelte para poderse ir. Pudo ser un ángel enviado del Señor para probar a Jacob, pero ni aún así se puede entender que un ángel pueda quedar en predicamento ante un hombre. Este es un misterio como todos los que vamos a contemplar en esta lección.

«Israel» Iarcy, significa «Contender con Dios», «Pelear con Dios»; pero esta expresión puede entenderse en dos sentidos: uno de oposición: «Pelear contra Dios», pero otro de cooperación: «Pelear teniendo consigo a Dios». Lo que la mente humana puede imaginar es que Dios quiso poner a prueba a Jacob-Israel a fin de que se ejercitara en preparación para llevar a término la misión que le fue encomendada realizar durante su breve paso por esta vida. Porque la Historia de la Salvación es por fuerza tan prolongada que durará hasta el Último Día, y todos los personajes humanos que en ella intervienen duran lo que un soplo ante la perennidad de Dios su coautor.

"Jacob llamó a aquel lugar «Penuel» lawnp, («Cara de Dios», «Rostro de Dios»), pues se dijo: 'He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva'. El sol salió así que hubo pasado Penuel, pero él cojeaba del muslo. Por eso los israelitas no comen hasta la fecha el nervio ciático, que está sobre la articulación del muslo, por haber sido tocado Jacob en la articulación femoral, en el nervio ciático." (Gn 32,31-33).

La expresión: *'He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva'* se refiere a la creencia entre los hebreos de que aquél que lograba ver el rostro de Yahveh moría de inmediato, como lo veremos más adelante al pie del Monte Sinaí (Ex 33,20).

Encuentro de Esaú y Jacob

Cuando Jacob se enteró de que venía sobre él Esaú con cuatrocientos hombres

temió por su familia y sus bienes, por lo que dividió tanto a sus dos mujeres como a las dos esclavas y sus hijos respectivos en cuatro grupos, siguiendo la estrategia de que si Esaú caía violentamente sobre uno de ellos, los otros tres se librarían de él.

Esto no fue felizmente necesario, pues cuando le alcanzó Esaú, él tomó una actitud humilde inclinándose delante de él siete veces, lo que provocó en Esaú una actitud de reconciliación: *“Esaú, a su vez, corrió a su encuentro, le abrazó, se le echó al cuello, le besó y lloró. Levantó luego los ojos, y al ver a las mujeres y a los niños, dijo: ‘¿Qué son de ti estos?’ –‘Son los hijos que ha otorgado Dios a tu siervo.’ Entonces se acercaron las siervas con sus niños, y se inclinaron. Acercase también Lía con sus niños, y se inclinaron. Y por último se acercaron José y Raquel y se inclinaron.”* (Gn 33 4-7).

Jacob ofreció numerosos presentes a su hermano, el cual de principio se negó a aceptarlos, pero tras la insistencia de Jacob, acabó por tomarlos. Con esto la reconciliación entre los hermanos se consolidó. Jacob no aceptó seguir al paso de Esaú por tener que llevar despacio a sus niños y el ganado que estaba criando. De este modo, Esaú se volvió a Seir, donde habitaba, en tanto que Jacob se dirigió a un lugar donde edificó unas cabañas para su numerosa familia y séquito, lugar al que llamó Sukkot, תַּוְּכָתִים, esto es «cabaña» o «enramada», pudiendo entenderse también como tienda o tabernáculo.

Arribo final a Siquem

Finalmente, llegó la caravana de Jacob a su punto de destino en Canaán, Siquem. Dios le había protegido y le había conducido hasta el lugar donde habitaron sus padres Isaac y Rebeca, viniendo desde la remota Paddán Aram. *“Compró a los hijos de Jamor, padre de Siquem, por cien agnos la parcela de campo donde había desplegado su tienda, erigió allí un altar, y lo llamó «El», Dios de Israel.”* (Gn 33,19-20).

La moneda corriente entonces en la región se llamaba quesitá, la cual podía equivaler al precio de un cordero; por eso se dice «agnos», esto es corderos. El nombre aquí expresado de Dios, יא, «El», es una forma menos común, siendo la más usual ה'יא, ««Elóah». ◀ La palabra ה'יא, «El» es usada como sufijo en muchos nombres propios, tales como Ezequiel, Daniel, Joel, nombres todos con referencia a Dios.

Jacob se instala en Betel

Un gravísimo conflicto que se narra en Gn 34, entre los hijos de Jacob y los habitantes de Siquem por causa de la violación de su hermana Dina por parte de Siquem, hijo de Jamor, quien tan bien los acogió desde el principio, dio lugar a un sangriento desenlace, por lo que Jacob, temiendo la venganza de todos los habitantes de la región sobre él y su familia, atendiendo a la voz de Dios marchó hacia Betel a instalarse en ese lugar, donde levantó un altar al Señor. Betel, recordemos, es el lugar donde Jacob recibió la revelación en sueños de la escala por donde subían y bajaban los ángeles delante de Yahveh, de muchacho Jacob huía hacia Paddán Aram.

Después de la consagración del altar, habló así Yahveh a Jacob: *“Dijole Dios: ‘Yo soy El Sadday. Sé fecundo y multiplícate. Un pueblo, una asamblea de pueblos*

tomará origen de ti y saldrán reyes de tus entrañas. La tierra que di a Abraham e Isaac, a ti te la doy, y a tu descendencia y sucesión daré esta tierra.' Y Dios subió de su lado." (Gn 35,11-13).

El genocidio perpetrado por los hijos de Jacob Simeón y Levi sobre la ciudad de Siquem, que quedó arrasada, debido a la injuria cometida por el hijo de Jamor, Siquem, fue un castigo cruel y desproporcionado que mereció el reproche por parte de su padre Jacob; pero a la vez nos sirve para entender que en la Historia de la Salvación en el Antiguo Testamento, como en la Historia de la Iglesia, se mueven personajes no siempre rectos, ni mucho menos santos, pero que Dios se valió de ellos, siendo hombres imperfectos, para llevar a cabo su propósito salvífico. También los hubo verdaderamente merecedores de la gloria eterna, como lo iremos viendo más adelante. De aquí podemos sacar en consecuencia cuan admirable fue la bondad de Dios que por todos los medios hizo posible nuestra salvación.

Jacob fija, pues, su morada en aquel mismo lugar donde contemplo por primera vez la gloria de Yahveh, aquel lugar que él conceptuó como casa de Dios y puerta del cielo.

Muerte de Isaac

"Jacob llegó adonde su padre Isaac, a Mambré o Quiryat Arba —o sea, Hebrón— donde residieron Abraham e Isaac. Isaac alcanzó la edad de ciento ochenta años. Entonces Isaac expiró y murió, fue a reunirse con su pueblo, anciano y lleno de días. Le sepultaron sus hijos Esaú y Jacob." (Gn 35,27-29).

Mujeres e hijos de Esaú en Canaán

La Biblia describe en el capítulo 36 del *Genesis* toda la descendencia de Esaú, con pormenores de los pueblos que de él salieron, dando el nombre de «Edom» al país donde se extendieron los edomitas, con pormenor de sus reyes; además enlistan los jefes de las tribus diseminadas, a los cuales titula como «jeques», en número abundante. Edom queda al sur de Canaán dentro del desierto de Zin, al pie del monte Hor, esta vecindad dará lugar a que más tarde ocurran hechos y relaciones entre los descendientes de los hermanos Esaú y Jacob.

Historia de José

El más sobresaliente entre los doce hijos de Jacob, tanto por su historia como por sus virtudes fue José. De hecho lo vemos como el hombre providencial que habrá de llevar adelante durante su existencia la Historia de la Salvación.

José, el hijo mayor de Raquel y hermano único de Benjamín, gozaba de un afecto especial por parte de su padre Jacob. Además, Dios le había otorgado el don de los sueños, de modo que por medio de ellos recibía del Señor el conocimiento de las personas y su situación actual, pero también de futuros acontecimientos, lo cual no se debe tomar como adivinación sino como revelación divina: *"Israel amaba a José más que a todos los demás hijos por ser para él el hijo de la ancianidad. Le había hecho una túnica de manga larga. Vieron sus hermanos cómo le prefería su padre a todos sus otros hijos, y le aborrecieron hasta el punto de no poder ni siquiera saludarle." (Gn 37,3-4).*

"José tuvo un sueño y lo manifestó a sus hermanos, quienes le odiaron más aún. Les dijo: 'Oíd el sueño que he tenido. Me parecía que nosotros estábamos atando

gavillas en el campo, y he aquí que mi gavilla se levantaba y se tenía derecha, mientras que vuestras gavillas le hacían rueda y se inclinaban hacia la mía.' Sus hermanos le dijeron: '¿Será que vas a reinar sobre nosotros o que vas a tenernos domeñados?' Y acumularon todavía más odio contra él por causa de sus sueños y de sus palabras. Volvió a tener otro sueño, y se lo contó a sus hermanos. Díjoles: 'He aquí otro sueño. Resulta que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante mí.' Se lo contó a su padre y a sus hermanos, y su padre le reprendió y le dijo: '¿Qué sueño es ese que has tenido? ¿Es que yo, tu madre y tus hermanos vamos a venir a inclinarnos ante ti hasta el suelo?' Sus hermanos le tenían envidia, mientras que su padre reflexionaba. (Gn 37,5-11).

Aparece aquí una aparente contradicción histórica, pues parece ser que esto lo narra José cuando Raquel, su madre, ya había muerto, o acaso el relato es anterior al nacimiento de Benjamín, pero entonces ¿por qué hace mención de once hermanos? Pudo ser que el sueño significaba que aún su madre Raquel, ya muerta, llegaría a sentir como fuera la misma admiración por él que sus parientes vivos.

En cierta ocasión Israel envió a José desde el valle de Hebrón, donde radicaban, hasta Siquem donde sus diez hermanos apacentaban los rebaños, con el fin de saber cómo se encontraban, y después volver a su padre a darle noticias. Tras indagar sobre su paradero se acercó a donde ellos se encontraban. *"Ellos le vieron desde lejos, y antes que se les acercara, conspiraron contra él para matarle. Y se decían mutuamente: 'Por ahí viene el soñador. Ahora, pues, venid, matémosle y echémosle en un pozo cualquiera, y diremos que algún animal feroz le devoró. Veremos en qué paran sus sueños.' Rubén (ne: el mayor) lo oyó y le libró de sus manos. Dijo: 'No atentemos contra su vida.' Rubén les dijo: 'No derramen sangre. Echadle a ese pozo que hay en el páramo, pero no pongáis la mano sobre él.' Su intención era de salvarle de sus hermanos para devolverle a su padre. Y ocurrió que cuando llegó José donde sus hermanos, éstos despojaron a José de su túnica —aquella túnica de manga larga que llevaba puesta—, y echándole mano le arrojaron al pozo. Aquel pozo estaba vacío, sin agua. Luego se sentaron a comer. Y levantando los ojos divisaron una caravana de ismaelitas que venían de Galaad, con camellos cargados de almáciga, sandáraca y ládano, que iban bajando hacia Egipto." (Gn 37,18-25).*

Judá salvó la situación sugiriendo que en vez de mancharse de sangre de su hermano, lo vendieran a los ismaelitas. Vendieron a José por veinte piezas de plata, tiñeron la túnica con sangre de un cabrito y la enviaron a su padre pidiéndole que examinara la prenda para comprobar si la hallada por ellos era la túnica de José, por si acaso le hubiera atacado un animal feroz dándole muerte. Jacob lo creyó así, lloró amargamente por la pérdida de su hijo e hizo duelo durante mucho tiempo por la muerte tan cruel que habría sufrido despedazado por una fiera: *"Todos sus hijos e hijas acudieron a consolarle, pero él rehusaba a consolarse y decía: 'Voy a bajar en duelo al seol, Iwac (ne: la morada de los muertos) donde mi hijo.' Y su padre lloraba." (Gn 37,35).*

"Por su parte, los madianitas, llegando a Egipto, le vendieron a Putifar, eunuco de Faraón y capitán de los guardias." (Gn 37,36).

«Faraón» hurpí, Faraoj, fue el título de los reyes de Egipto. Fijémonos cuán ad-

mirables son los caminos de Dios al ver a José en el extremo de la humillación, de hombre libre, admirado y preferido en su hogar, hasta verse convertido en esclavo y aparentemente abandonado en tierra extraña.

De ahí le sacará Yahveh para llevarlo hasta una altura insospechada.

Historia de Judá y Tamar

El capítulo 38 del Génesis relata la manera como Judá llegó a tener tres hijos de la cananea Súa: Er el primero, Onán el segundo y Selá el menor.

Habiéndose casado Er con Tamar, pronto murió Er, y de acuerdo con la ley del «levirato» (latín: «levir», cuñado), según la cual cuando un hombre muere sin dejar descendencia, el mayor de los cuñados debe casarse con la viuda para que el nombre y los bienes de la familia se mantengan, su hermano Onán hubo de casarse a su vez con Tamar; pero habiendo muerto a su vez Onán sin dejar descendencia, y siendo muy joven aún Selá para poder casarse a su vez, Judá su padre optó por dejar para más adelante la boda entre Selá y Tamar. Mientras transcurría el tiempo, Tamar, disfrazándose y cubriéndose el rostro se ofreció a su suegro, del que tuvo un par de mellizos: Peres y Zéraj (o Fares y Zara cf. Mt 1,3).

La importancia de este hecho es que la línea genealógica del Mesías habría de descender de Jacob —o sea Israel— a Judá, y de éste a Peres (o Fares según Mt 1,3) hijo de Tamar. En consecuencia, son Súa la primera y Tamar la segunda mujeres no descendientes de Téráj, padre de Abraham, que intervienen en el árbol genealógico del Mesías, de Nuestro Señor Jesucristo.

Al mismo tiempo consideraremos que Jesús el Señor no desciende exclusivamente de hombres justos, sino que la santidad del Mesías se debe a la Persona Divina que es él, independientemente de la perfección o imperfección de sus antepasados. Jesucristo, el Santo, el Hijo de Dios, se dignó tomar la naturaleza humana humillándose para ser en todo semejante a nosotros, excepto que en él no hubo pecado. La divinidad preservó a la humanidad de toda desviación o desorden.

José en Egipto

En casa de Putifar Yahveh estuvo con él, y merced a esto todo lo que era encomendado a José por su dueño prosperaba, por lo que Putifar acabó por depositar toda su confianza en José encomendándole la administración de todos sus bienes, los cuales en manos de José se acrecentaron mucho, a grado tal que Putifar acabó por desentenderse de sus asuntos para dedicarse a la vida cortesana cerca del Faraón. *“Desde entonces le encargó de toda su casa y de todo lo que tenía, y Yahveh bendijo la casa del egipcio en atención a José, extendiéndose la bendición de Yahveh a todo cuanto tenía en casa y en el campo. El mismo dejó todo lo suyo en manos de José y, con él, ya no se ocupó personalmente de nada más que del pan que comía. José era apuesto y de buena presencia.”* (Gn 39,5-6).

José y la seductora

Todo marchaba bien para José, hasta que la mujer de Putifar se fijó en él y trató de convencerle de faltar con ella a la fidelidad de su amo. José se negó definitivamente tomando en consideración que todo el patrimonio de Putifar le había sido confiado, excepto su mujer, y así se lo hizo razonar. *“Ella insistía en hablar a José día tras día, pero él no accedió a acostarse y estar con ella.”* (Gn 39,10).

Aprovechando un día el encontrarse ella con José en ausencia de todos los demás siervos de la casa, trató de obligarle a prevaricar con ella, y al negarse a hacerlo él, le arrebató su ropa y después de llamar la atención de los demás siervos para que le fueran testigos de un supuesto atentado en su contra, al llegar a casa Putifar, con la ropa en la mano le convenció de la culpabilidad del esclavo hebreo en quien el amo había depositado toda su confianza. *"Al oír su señor las palabras que acababa de decirle su mejor: -'Esto ha hecho conmigo tu siervo'- se encolerizó. Y el señor de José le prendió y le puso en la cárcel, en el sitio donde estaban los detenidos del rey."* (Gn 39,19-20). Allí se quedó en presidio.

José encarcelado

"Pero Yahveh asistió a José y le cubrió con su misericordia, haciendo que se ganase el favor del alcalde. El alcalde confió a José todos los detenidos que había en la cárcel; todo lo que se hacía allí, lo hacía él. El alcalde no controlaba absolutamente nada de cuanto administraba José, ya que Yahveh le asistía y hacía prosperar todas sus empresas." (Gn 39,21-23).

José interpreta los sueños de dos cortesanos

Estado así las cosas a favor de José, sucedió que cayeron presos el jefe de escanciadores o servidores del vino y el jefe de panaderos del Faraón por causa desconocida disgustaron al rey, al punto que él los remitió al alcaide de la prisión para que los mantuviera presos en su propia casa, no en la cárcel, donde también alojaba a José, y encargó a éste que les proporcionara sus servicios. Y esto es que en una misma noche ambos, escanciador y panadero, tuvieron un sueño cada uno, lo cual los tenía preocupados pues deseaban tener su interpretación personal.

Contaron a José sus sueños de esta manera: el jefe de escanciadores soñó que tenía delante una cepa, que es la vid, con tres sarmientos o ramas; de cada sarmiento brotaban yemas que en seguida florecían y maduraban los racimos de uvas. El tenía en la mano la copa del Faraón y exprimía en ella las uvas poniendo en seguida la copa en manos del rey. José interpretó el sueño en el sentido de que los tres sarmientos significaban que en tres días sería llamado por el monarca nuevamente a su servicio y lo repondría en su puesto y en sus labores.

Por el contrario, el jefe de panaderos soñó que tenía sobre su cabeza tres cestas de pan candeal, que en la cesta puesta arriba de las otras había toda clase de pan que solía comer el Faraón; pero venían los pájaros y se comían todo el pan de la cesta superior, de encima de su cabeza. La interpretación de José fue en el sentido de que en tres días el rey levantaría su cabeza, lo colgarían de un madero, y las aves se comerían las carnes que lo cubrían.

Efectivamente, a los tres días el Faraón dio un banquete e hizo traer a su presencia al jefe de escanciadores, lo repuso en su cargo para que él mismo le sirviera su copa. En tanto, el jefe de panaderos fue colgado tal como lo había predicho José.

José había pedido al jefe de escanciadores que ya repuesto en su cargo se acordara de intervenir ante el Faraón a favor de él para que fuera liberado de la prisión; el hombre se lo prometió, *"Pero el jefe de escanciadores no se acordó de José, sino que le echó al olvido."* (Gn 40,23).

Pero las cosas no quedarían así. Después de dos años el Faraón también tuvo sueños, y mandó traer a todos los magos y sabios de Egipto para su interpretación.

"Al cabo de dos años, Faraón soñó que se encontraba parado a la vera del río. De pronto suben del río siete vacas hermosas y lustrosas que se pusieron a pacer en el carrizal. Pero he aquí que detrás de aquéllas subían del río otras siete vacas, de mal aspecto y macilentas, las cuales se pararon cabe (ne: al lado de; junto a) las otras vacas en la margen del río, y las vacas de mal aspecto y macilentas se comieron a las siete vacas hermosas y lustrosas. Entonces Faraón despertó." (Gn 41,1-4).

"Y vuelto a dormirse soñó otra vez que siete espigas crecían en una misma caña, lozanas y buenas. Pero he aquí que otras siete espigas, flacas y asolanadas (ne: mustias, a medio marchitar debido al calor del sol) brotaron después de aquéllas y las espigas flacas consumieron a las siete lozanas y llenas. Despertó el Faraón y he aquí que era un sueño." (Gn 41,5-7).

Lo primero que hizo el rey al despertar fue convocar a todos los sabios y magos de Egipto a fin de que le dieran una interpretación, pero cuando todos ellos se declararon incapaces de hacerlo —hasta entonces— el jefe de escanciadores vino a recordar que José, su magnífico intérprete, seguía preso: un muchacho hebreo, siervo del jefe de los guardias de la prisión, y le contó toda la historia que ya sabemos sobre los sueños de él y del jefe de panaderos, así como de su interpretación y diverso desenlace de ambos soñadores.

El Faraón ordenó que de inmediato fuera traído a su presencia José, a quien relató sus propios sueños, pidiéndole una interpretación. A lo que éste respondió al rey demostrando su fe: *"No hablemos de mí, que Dios responda en buena hora a Faraón."* (Gn 41,16).

Refirió entonces el monarca sus sueños a José con la abundancia de detalles que ya sabemos, después de lo cual él respondió con prontitud: *"El sueño de Faraón es uno solo: Dios Anuncia a Faraón lo que va a hacer. Las siete vacas buenas son siete años de abundancia y las siete espigas buenas, siete años son: porque el sueño es uno solo. Y las siete vacas macilentas y malas que subían después de aquéllas, son siete años; e igualmente las siete espigas flacas y asoleadas, es que habrá siete años de hambre. Esto es lo que yo he dicho a Faraón. Lo que Dios va a hacer lo ha mostrado a Faraón. He aquí que vienen siete años de gran hartura en todo Egipto. Pero después sobrevendrán otros siete años de hambre y se olvidará toda la hartura en Egipto, pues el hambre asolará al país, y no se conocerá hartura en el país, de tanta hambre como habrá. Y el que se haya repetido el sueño de Faraón dos veces, es porque la cosa es firme de parte de Dios, y Dios se apresurará a realizarlas."* (Gn 41,25-32).

Toma entonces el rey una resolución de importancia vital para Egipto, la cual resultará trascendente dentro de la Historia de la Salvación por la repercusión que tendrá en el futuro: *"Ahora, pues, fijese Faraón en algún hombre inteligente y sabio, y póngalo al frente de Egipto. Hágalo así Faraón: ponga encargados al frente del país y exija el quinto (ne: la quinta parte) a Egipto durante los siete años de abundancia. Ellos recogerán todo comestible de esos años buenos que vienen, almacenarán el grano a disposición de Faraón en las ciudades y lo guardarán. De esta forma quedarán registradas las reservas de alimento del país para los siete años*

de hambre que habrá en Egipto, y así no perecerá el país de hambre.” (Gn 41,33-36).

José, primer ministro

Entonces el Faraón comprendió sabiamente que en todo Egipto no encontraría hombre prudente capaz de llevar a cabo el plan expuesto por José como no fuera él mismo, de modo que lo colocó por encima de todas las autoridades del país, en reconocimiento de su capacidad para salvar la situación que se avecinaba: *“Y dijo Faraón a José: ‘Después de haberte dado a conocer Dios todo esto, no hay entendido ni sabio como tú. Tú estarás al frente de mi casa, y de tu boca dependerá todo mi pueblo. Tan sólo el trono dejaré por encima de ti.’ Dijo Faraón a José: ‘Mira: te he puesto al frente de todo el país de Egipto.’ Y Faraón se quitó el anillo de la mano y lo puso en la mano de José, le hizo vestir ropas de lino fino y le puso el collar de oro al cuello.” (Gn 41,39-42).*

Tenía José en aquel momento treinta años de edad. Muchos honores rodearon a José. Desde transportarse en la carroza segunda del rey hasta verse casado con Asnat, la hija del sacerdote de On, en Heliópolis. Recibió diversos títulos, tales como *Safnat Panéaj*, que significa *Dios está vivo* (Gn 41,44-45).

Vinieron, efectivamente, los siete años de superabundancia, y José cumplió cabalmente su labor de acumulación y almacenaje de los alimentos sobrantes, en cantidad tal que se llegó a perder la cuenta de lo almacenado.

Durante los años de bonanza y gran acopio, su mujer Asnat le dio dos hijos: Manasés el primero, y Efraim, ambos nombres de origen egipcio.

“Concluyéronse los siete años de hartura que hubo en Egipto, y empezaron a llegar los siete años de hambre como había predicho José. Hubo hambre en todas las regiones; pero en todo Egipto había pan. Toda la tierra de Egipto sintió también hambre, y el pueblo clamó a Faraón pidiendo pan. Y dijo Faraón a todo Egipto: ‘Id a José: haced lo que él os diga.’” (Gn 41,53-55).

Este es un pasaje de gran significación que revela cómo Dios en la realización de sus planes salvíficos se vale de las segundas causas para cumplir sus fines: José es la salvación de Egipto, y lo va a ser aún de los pueblos circundantes, a grado tal que, así como el rey dejó en sus manos el acopio de víveres durante siete años, ahora lo convierte su distribuidor prudente y sabio, manteniendo en él la total autoridad sobre todo el país.

Los estudiosos de las Sagradas Escrituras han visto en José una figura del Salvador del mundo Nuestro Señor Jesucristo. Obedeciendo la voluntad del Padre, se humilló hasta lo último; a él le encomendó el Padre la misión de nuestra salvación y le dio todo poder sobre cielos y tierra. Por eso le exaltó sobre toda criatura y lo glorificó para siempre, pues dice san Pablo: *“Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo; el cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo haciéndose semejante a los hombres, y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre.” (Flp 2,5-11).*